

longitud, con peso de una tonelada.

Los jóvenes son de color café-gris, en tanto que el adulto es café amarillento. La piel es sumamente gruesa, pues en la región del cuello tiene dos y medio centímetros de espesor. Para protegerse de enfriamientos rápidos, el cuerpo está revestido de una capa de grasa que llega a tener en algunos sitios un decímetro de profundidad.

La trompa es larga, carnosa y mide, desde la región de los ojos a la extremidad unos cuarenta centímetros de largo. Cuando el elefante gruñe o duerme, la trompa se relaja y cae pesadamente. Si levanta la cabeza la trompa suele caer y colgar dentro de la boca.

Al erguir el cuello, se le forman gruesos pliegues longitudinales en número de ocho a diez los cuales le dan un aspecto característico.

Las aletas son largas, robustas y provistas de fuertes uñas; de éstas, las tres posteriores están perfectamente separadas una de otra.

Los ojos son grandes, brillantes y tanto por el tamaño como por la dulzura indefinible de la mirada, recuerda los ojos de los animales nocturnos.

La característica más notable del elefante es la propiedad que tiene de voltear la cabeza hacia atrás sin mover el cuerpo; de este modo atisba a todos lados por si algún enemigo lo acecha.

Uno de los problemas que no han podido resolver los naturalistas es el relativo a la alimentación del elefante. Los que fueron capturados para el Museo de Historia Natural de México, tenían en el estómago fragmentos de madera. En cautividad el elefante marino come pescado vivo. Por experimento se le dieron camarones y cangrejos, pero no los comió y permanecieron intocados en los acuarios.

Son inofensivos y no atacan al hombre. Viven en el mar y de tiempo en tiempo salen a la playa a recibir el sol y a hundirse en la arena. Avanzan ayudados por el golpe de la aleta; sus movimientos en tierra son lentos y al desalojarse arquean el cuerpo a la manera como lo hace una lombriz. A pesar de que son torpes al nadar, recorren considerables distancias. Los machos riñen entre sí disputándose a las hembras; es por esto, por lo que se observan en el cuello del elefante las huellas de los mordiscos o dentelladas que se infieren. La

piel del cuello y del pecho es desnuda y callosa, siendo estas partes las más expuestas al ataque. Durante el combate procuran proteger la cabeza y la trompa.

Las hembras son más dóciles y tímidas. Tanto ellas como sus compañeros, cuando se les molesta huyen y pronto abren nuevas madrigueras arrojándose arena en la espalda por medio de las aletas.

La gestación dura un año y el parto tiene lugar en los primeros días del mes de marzo.

Forman manadas más o menos numerosas y viven de preferencia en las cavernas marinas.

Aurelio de Vivanco, en su interesante libro *California al Día*, describe así a los elefantes: «Aparecen inmóviles, como grandes rocas negruzcas, amarillentos, sucios, enormes y espantables. De tiempo en tiempo levantan sus cuellos flexibles y abriendo las rojas fauces emiten un sonido renco, prolongado y persistente como el vigoroso resonar de un tambor lejano. Otros se mueven pesadamente, informes como masas de grasa inconcebibles animadas de locomoción».

La especie que hemos descrito, es exclusivamente mexicana, (existe un elefante en las Islas

Kerguelen, posesión francesa, situadas entre el Cabo de Buena Esperanza y Australia, pero es completamente distinto del nuestro) y se encuentra a ciento cuarenta millas marinas de Ensenada, en la costa Noroeste de la Isla de Guadalupe, en la Baja California. Hace algunos años había gran cantidad de elefantes, pero la caza immoderada llevada a cabo por buques americanos, los ha mermado considerablemente, a tal grado que en la actualidad y según el último recuento hay unos cuatrocientos elefantes. Para proteger este valioso y raro animal de nuestra fauna, el Gobierno de la República ha prohibido su caza y ha establecido un destacamento en la isla consagrado exclusivamente a cuidar los elefantes marinos.

La grasa tiene gran valor comercial y sirve para aceitar maquinaria fina. Se emplea, además para fabricar margarina, para alumbrado, para preparar mantequilla, queso de Holanda, jabón, etc.

Pertenece al orden de los *Pinnípedos*, familia de los *Fócidos*. Nombre científico: *Mirounga angustirostris*.

JUAN B. SALAZAR

Tres modos de leer

— Colaboración —

Existen en la historia de la cultura tres momentos que separan estilos diferentes de mirar y aprender la letra impresa. Se lee de un modo un libro y de otro, un periódico; finalmente, en cuanto el cine tiene algo de página ante nuestros ojos, nuestra manera de leerle es también distinta. La aparición del libro, de la prensa y del cinema constituyen esos momentos aludidos, dentro de la historia moderna.

El libro se lee hoja tras hoja: un relato, una exposición han de seguirse paso a paso, linealmente, y en su camino quedan marcadas las señales de medida: la numeración de las páginas. Tipográficamente el libro, como una senda, carece de señales orientadoras. Un cuadro de Mautogna, de Rafael, del Ticiano se leen así, Pliegue a pliegue, rasgo a rasgo: el traje, el cuerpo, el rostro; una figura, luego otra. La mirada se pasea como una linterna, alumbrando rincón por rincón. Se recorren como un palacio o como un jardín; minuciosamente, despaciosamente; arrastrando la mirada, dejándola prenderse en un accidente, dejándola colgada un rato en un detalle. Se lee y acaricia al mismo tiempo; las miradas y la mano del espíritu, verticales como rayos sobre la cara del lienzo o la de la novela. Así se lee un libro cualquiera, un cuadro del XVI...

Cuando se fué pasando al impresionismo y al periodismo, inventaron los ojos de los hombres un nuevo modo de mirar. El periódico adoptó en seguida una forma distinta a la del libro: multiplicó considerablemente el tamaño de la página que iba a ser objeto de nuestras miradas. Si un libro se recorre como una ciudad calle a calle; un periódico se ve como una ciudad desde una torre. La

última noticia se lee de una vez; el rectángulo de papel que contiene la noticia sensacional es tragado como una hostia impresa, sin masticarlo. De un trago se echa uno al coleteo el telegrama emocionante; de varios sorbos, un artículo. El periódico ofrece a una posesión rápida, profunda, audaz sus cuatro caras anchas; queda leído, visto en pocos momentos. Para mayor facilidad, sus grandes letras, la distribuirán de noticias con títulos — sintéticos y gráficos — resumen. Cada sección en un sitio fijo, accesible a nuestro hábito de encontrarla. Nos acercamos el libro a los ojos y nos separamos el periódico de la vista para que ésta le abarque en su conjunto: lo mismo que hacemos con el lienzo impresionista, contemporáneo del diario. Se leen ambos con lectura no lineal como la del tomo y la de la pintura renacentista, sino superficial. Nuestra manera de leer ha alcanzado así una segunda dimensión.

El cinema le ha añadido la tercera. La mirada, perpendicular a la pantalla, la recorre a lo largo y a lo ancho, al mismo tiempo, sin la minuciosidad lineal con que podían ecorrerse las estáticas figuras clásicas: el movimiento, la sucesión de las imágenes en el tiempo, le proporciona una nueva dimensión. El cine es a la vez pintura, como lo es la fotografía, e historia, como lo es la prensa. El cine le ha añadido un nuevo ingrediente: el tiempo. Nuestro modo de leer las imágenes de la pantalla corresponde a un nuevo modo de mirar.

Cada uno de estos nuevos descubrimientos nos ha enseñado un nuevo modo de leer. El hombre nuevo sabe acomodar los mecanismos aprehensores de su espíritu a estas tres realidades distintas; naturalmente que con predilección la

más cómoda, la más moderna. Preferimos ahora leer una novela en la pantalla, como nuestros abuelos preferían ir leyendo un capítulo a pequeñas dosis en los zócalos de las páginas informativas de los viejos noticieros, como una simple prolongación de los ecos de sociedad.

En suma, tres clases de textos se disputan la atención de nuestros ojos y le hacen guiños poderosos a nuestra curiosidad diligente, por ahora...

JOSÉ LUIS SÁNCHEZ-TRINCADO

Marzo, 1939.

Santidad («turismo»)

El caso de Cerbelot me inquieta. A causa de ese desdichado joven he debido esforzarme en resolver rápidamente problemas inquietantes, principalmente el de: ¿el... turismo (*) puede excluir la clarividencia? Yo no lo creo. He hecho diversas investigaciones a este respecto. Ulrico, por ejemplo, un turista (***) alemán del siglo XI, se pasaba llorando la mayor parte de su tiempo y cuando los monjes de su convento le preguntaron la razón de sus lágrimas: «Lloro — les respondió — de ver aquí a muchos religiosos que no tienen de tales más que el nombre y el vestido». Es, pues, bien evidente que el turismo no consiste en permanecer ciego ante los defectos de los demás, sino en soportar esos defectos con longaminidad.

(Georges Duhamel, *Diario de un aspirante a santo*. Editorial Losada. Buenos Aires. 1939).

(*) Entiéndase: santidad.

(**) Entiéndase: santo.

Octavio Jiménez A.

Abogado y Notario

OFICINA:

125 varas al Este del Almacén Robert, frente a Reimers

Teléfono 4184 — Apartado 338